

¿Guerrilleros o campesinos? Interpretación del Paro Nacional Agrario de 2013 en la esfera pública colombiana

Juan Camilo Portela García¹

¹ Instituto de Estudios Regionales y Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia, Colombia. Correo electrónico: juan.portela@udea.edu.co. <https://orcid.org/0000-0001-7136-3464>

Recibido: 11/04/2023. Aceptado: 6/12/2023.



<https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202401.002>

¿Guerrilleros o campesinos?

Interpretación del Paro Nacional Agrario de 2013 en la esfera pública colombiana

RESUMEN

Este artículo aborda los procesos de interpretación en la esfera pública a los que dio lugar el Paro Nacional Agrario de 2013 en Colombia y especialmente el modo en que los manifestantes fueron considerados auténticos y legítimos. Con base en un enfoque de sociología cultural, se argumenta que dos procesos simbólicos contribuyeron a la generación de solidaridad social hacia el campesinado durante el paro. Primero, el contexto transicional derivado de los diálogos de paz entre el gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) se articuló discursivamente en respaldo a la protesta. Segundo, hubo un proceso de coalición simbólica en torno a la idea de lo campesino como identidad primordial y victimizada que congregó el apoyo de múltiples sectores sociales. A partir de estos procesos, se posicionó en la esfera pública una codificación del paro y a sus protagonistas como legítimos y auténticos, lo que eclipsó la clasificación bélica y antidemocrática de sus motivaciones y actuaciones. Se propone que este caso puede contribuir a iluminar algunos aspectos relevantes para el posicionamiento del populismo agrario, especialmente con relación a la dimensión cultural.

Palabras clave: Protesta campesina, Esfera pública, Populismo agrario, Luchas agrarias, Sociología cultural

Guerrillas or Peasants? Interpretation of the 2013 National Agrarian Strike in the Colombian Public Sphere

ABSTRACT

This article addresses the processes of interpretation in the public sphere about the 2013 National Agrarian Strike in Colombia, and especially the way in which the protesters were considered authentic and legitimate. Based on a cultural sociology approach, it argues that two symbolic processes contributed to the generation of social solidarity towards the peasantry during the strike. First, the transitional context derived from the peace talks between the government and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (FARC) was discursively articulated in support of the protest. Second, there was a process of symbolic coalition around the idea of the peasant as a primordial and victimized identity that gathered the support of multiple social sectors. As a result of these processes, a codification of the strike and its protagonists as legitimate and authentic was positioned in the public sphere, eclipsing the warlike and antidemocratic classification of their motivations and actions. It is proposed that this case may contribute to illuminate some relevant aspects for the positioning of agrarian populism, especially in relation to the cultural dimension.

Keywords: Peasant protest, Public sphere, Agrarian populism, Agrarian struggles, Cultural sociology

INTRODUCCIÓN

Durante el segundo semestre de 2013 hubo una intensa y prolongada movilización agraria en Colombia convocada por distintas organizaciones rurales que lideraron bloqueos de carreteras y concentraciones en espacios públicos a lo largo del país. El eje que articuló la inconformidad fue el rechazo a los tratados de libre comercio (TLC) firmados por los gobiernos colombianos durante las últimas décadas.

Aunque el paro no obtuvo los resultados esperados por las y los campesinos — debido en parte a la no existencia de un pliego de peticiones unificado y la respuesta diferenciada del gobierno frente a las organizaciones convocantes (Cruz, 2017a)— constituye un hito en la movilización social en Colombia en general y en sus luchas agrarias en particular por tratarse de la primera vez en más de cincuenta años que distintos sectores del campo se unieron para protestar a nivel nacional, y por el apoyo público de sectores urbanos que expresaron su solidaridad mediante cacero-lazos y manifestaciones en las principales ciudades.

La articulación entre diversos sectores rurales ha sido reconocida como un elemento central para comprender los alcances y las limitaciones de esta movilización. Sankey (2022) plantea que el Paro Nacional Agrario (PNA) puede ser entendido, a la luz del populismo agrario, como una coalición multiclase antineo-liberal que agrupa a sectores diferenciados del campo bajo una identidad común: «nosotros, los campesinos». Si bien el apoyo público recibido fue central para entender la dinámica del paro, en la bibliografía sobre este acontecimiento ha recibido menor atención.

En este artículo se plantea la necesidad de entender la interpretación del paro en la esfera pública. El «nosotros, los campesinos» que se manifestó en las carreteras requirió de interpretaciones favorables en la opinión pública para legitimar su actuación en medio de un contexto tradicionalmente hostil frente a las protestas campesinas. Sobre la discusión pública respecto a la situación del campesinado se superponía una disputa sobre el carácter del PNA: ¿se trataba de una auténtica expresión ciudadana o de un instrumento al servicio de actores oportunistas? Mientras que las y los convocantes presentaron sus reivindicaciones como aspiraciones comunes de la sociedad colombiana², gobiernos y críticos del paro cuestionaron su

² Las organizaciones convocantes tradujeron las demandas particulares de los grupos campesinos en aspiraciones comunes a la sociedad colombiana a través de un lenguaje democrático en el cual la igualdad, la justicia y la libertad son horizontes colectivos que dan sentido a la vida política. Hasta qué punto esta traducción democrática de sus demandas ha sido efectiva depende de procesos de interpretación por parte de los diferentes actores a quienes llega este mensaje. Si bien gobierno y críticos del paro fueron escépticos sobre la naturaleza democrática de la actuación campesina, el apoyo urbano contribuyó a posicionar la traducción democrática llevada a cabo por las organizaciones agrarias convocantes al paro.

sinceridad porque consideraron que la protesta no era más que un instrumento al servicio de actores políticos y armados ocultos tras bambalinas.

Con base en un enfoque de sociología cultural que puede contribuir al estudio de los movimientos agrarios, se argumenta que la solidaridad hacia el campesinado durante el paro se construyó mediante dos procesos simbólicos. Primero, el contexto transicional derivado de los diálogos de paz entre el gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) se articuló discursivamente en respaldo a la protesta. Segundo, hubo un proceso de coalición simbólica en torno a la idea de lo campesino que congregó el apoyo de múltiples sectores sociales. A partir de estos procesos se posicionó en la esfera pública una codificación del paro y a sus protagonistas como legítimos y auténticos que eclipsó la clasificación bélica y antidemocrática de sus motivaciones y actuaciones. El compromiso de sectores solidarios con lo que estaba sucediendo se vio reflejado en su propia irrupción en el escenario público para expresar su apoyo.

1. DE LA ESTRATEGIA POLÍTICA A LA EXTENSIÓN CULTURAL

El Paro Nacional Agrario de 2013 ha sido explicado como resultado de tensiones en distintas esferas que se traducen en inconformidades colectivas (CINEP, 2014). Se identifican como detonantes del conflicto la estructura agraria, la concentración de la tierra y los acuerdos de libre comercio (Ordóñez, 2014; Salcedo *et al.*, 2013), la mercantilización de derechos, ambigüedades en la legislación agraria e incapacidades institucionales para satisfacer las necesidades y aspiraciones de la población campesina (Campos, 2015). También se ha llamado la atención sobre la disputa entre concepciones opuestas del desarrollo, la tierra y lo campesino (Gómez, 2016; Penilla, 2016).

Se ha destacado la coalición entre organizaciones campesinas a nivel nacional como un elemento diferencial que explica el alcance del paro. En medio de un profundo conflicto armado, después de años de estigmatización social y represión militar y paramilitar, la capacidad de aunar fuerzas fue algo fundamental para que el campesinado lograra desplegar una protesta de amplio alcance (Cruz, 2019; Salcedo *et al.*, 2013; Sankey, 2022). En conjunto, se plantea que el PNA constituye un agenciamiento colectivo frente a los efectos del capitalismo en el campo y a su imbricación con el conflicto armado colombiano (Arias & Preciado, 2016).

La noción de populismo agrario ha sido invocada como una herramienta analítica útil para comprender la coalición entre actores del campo y abordar su carácter anticapitalista (Sankey, 2022). Esta noción ha resurgido en los últimos años para caracterizar la estrategia política de articulación entre diversos sectores rurales que, en medio de procesos de diferenciación, comparten perspectivas progresistas

y anticapitalistas (Bernstein, 2020; Borrás Jr., 2021). Borrás Jr. (2021) señala la importancia de trazar puentes entre distintos sectores rurales como una forma de contención frente a proyectos populistas de extrema derecha cuyas bases sociales en el campo son significativas. Además, caracteriza los movimientos que lo integran como anticapitalistas. Con base en el caso del PNA, Sankey (2022) observa que los resultados de esta estrategia pueden ser más favorables a sectores de pequeños y medianos campesinos —que no necesariamente se oponen al capitalismo, sino que buscan su reforma— que a sectores de campesinos pobres y sin tierra cuyos horizontes políticos tiene un carácter anticapitalista más decidido.

En este artículo se plantea la necesidad de abordar qué tanto de la coalición populista agraria es compartida por otros actores sociales que apoyan a «las gentes de la tierra». Si bien comprender las relaciones entre Estado y organizaciones campesinas es esencial para comprender el carácter de los conflictos agrarios (Henderson, 2017), también es necesario explorar cómo las aspiraciones agrarias son interpretadas en la esfera pública y cómo estas interpretaciones generan acciones de rechazo o apoyo a unos u otros sectores. Además de ser una estrategia política, el populismo agrario también constituye un marco cultural (Gamson, 1992; Tarrow, 1997) susceptible de ser interpretado por sectores externos al movimiento y a partir del cual se abren o cierran oportunidades políticas y se establecen o cierran lazos de solidaridad.

Al respecto, Cruz (2017b) plantea que la ausencia de un único pliego de peticiones durante el PNA evidenció las dificultades para consolidar un marco común entre las tres organizaciones convocantes. Esto facilitó la estrategia diferenciada del gobierno para contener el potencial de la protesta. Por su parte, Cárdenas (2014) y Suárez (2018) destacan el lugar de las redes sociales digitales como canales de expresión que permitieron a la ciudadanía comunicar interpretaciones alternativas a la comunicación oficial y de los grandes medios.

En este sentido, es conveniente atender la proposición de Alexander (2018) respecto a la naturaleza comunicativa de los movimientos sociales. Cuando emprenden acciones colectivas, las y los manifestantes traducen aspiraciones particulares, relativas a sus demandas específicas, en horizontes comunes; buscan vincular sus experiencias particulares con ideales sociales compartidos. La capacidad de lograr traducciones que sean plausibles y sugestivas es relevante para comprender la legitimidad social de una protesta, el apoyo de otros sectores sociales, la respuesta del gobierno y el alcance de sus resultados. De ahí la importancia de atender qué grado de extensión cultural alcanzan las y los actores cuando protestan (Alexander, 2017). El caso del PNA contribuye, de este modo, a visualizar hasta qué punto el populismo agrario constituye un horizonte de sentido para sectores externos al movimiento.

2. SOCIOLOGÍA CULTURAL Y PROTESTA CAMPESINA

Poner el foco en la extensión cultural del PNA surge del reconocimiento de la mediación simbólica como proceso relevante para comprender los conflictos. El programa fuerte de la sociología cultural, al aportar herramientas de análisis para comprender la construcción de sentido, contribuye al estudio de la protesta campesina.

Desde este programa se asume que toda acción social genera interpretaciones que son, en últimas, atribuciones de sentido en el marco de sistemas de clasificación que preceden a las acciones y sobre los cuales estas pueden influir (Alexander & Smith, 1993). De este modo, las acciones no se dan sobre un vacío sino sobre estructuras culturales y, simultáneamente, no son la mera repetición de estas sino *performances* emergentes y contingentes que participan del cambio (Alexander, 2017). La conceptualización de las acciones como *performances* implica que el significado que las y los actores exponen —intencionalmente o no— puede ser interpretado como auténtico o falso a la luz de distintos públicos y que esta interpretación tiene que ver con las representaciones de fondo que se actualizan en puestas en escena concretas.

La teoría de la esfera civil es un componente central de este programa. Se plantea que en sociedades democráticas o en procesos de democratización hay una lógica cultural específica basada en un ideal de libertad y solidaridad universalista a través de la cual se despliegan e interpretan las acciones colectivas. Los discursos democráticos se basan en la oposición entre atributos civiles y anticiviles, se despliegan a través de narrativas que distinguen actuaciones democráticas y autoritarias o represivas, y constituyen estructuras de sentimiento (Alexander, 2018) sedimentadas históricamente a través de los lenguajes y estilos de cada contexto (Stack, 2018).

Los movimientos sociales traducen sus reivindicaciones particulares en los ideales de la solidaridad civil, buscan comunicar la idea de que sus aspiraciones particulares son consecuencia de injusticias más amplias que atañen a lo civil en su conjunto, denuncian contradicciones entre el discurso civil y la realidad de sus situaciones sociales. La capacidad de comunicar persuasivamente sus traducciones —las presentaciones de sus aspiraciones particulares en un marco discursivo común— es un proceso performativo cuya efectividad depende de que otros sectores sociales las consideraren como expresiones auténticas de sentimientos de injusticia y se identifiquen con los agravios morales sufridos por sus protagonistas. Por el contrario, el fracaso performativo conduciría a ver a sus protagonistas como sujetos egoístas que no encarnan el discurso democrático que enuncian, y cuyos intereses particulares no tienen nada que ver con el horizonte de solidaridad civil.

El reto de las protestas campesinas es asociar sus reivindicaciones con las construcciones simbólicas que definen lo democrático. La categoría «campesino» es relevante no solo por su relación con estrategias políticas como el populismo agrario, sino también por su inserción en un contexto cultural en el marco del cual

se asocia con otros atributos simbólicos, a veces de forma ambigua o paradójica, como la nación, la tradición, la reproducción, la vida, la sostenibilidad ambiental y la resistencia (Tsing, 2016).

En el caso colombiano hay competencia entre estructuras culturales diferentes. El discurso democrático es permanentemente contestado por otros discursos que disputan la legitimidad de lo social, especialmente por un sistema de clasificación bélico que socava las bases mismas de la discusión pública (Tognato, 2018). Las protestas en general pueden ser consideradas tanto benéficas como peligrosas, en un sentido democrático y también bélico, que ve el recurso de lo civil como una máscara que busca ocultar los motivos reales de un enemigo peligroso que posiblemente está acumulando fuerzas.

Lo campesino en particular es una identidad sumamente vulnerable frente a la posibilidad de imputaciones bélicas. No solo grupos armados se han proclamado portadores de la causa campesina, sino que el conflicto armado mismo tiene en el campo su principal teatro de operaciones. Además, numerosos líderes agrarios plantean reivindicaciones en un discurso revolucionario que, si bien en las últimas décadas se ha imbricado con un discurso democrático, es identificado como un peligro insurgente en el marco de una contienda bélica.

En este marco es comprensible que la coalición de organizaciones durante el PNA haya contribuido a aumentar la legitimidad del campesinado y a moderar la clasificación bélica de la protesta, tal como lo expresa Sankey (2022). Pero más allá de la coalición organizativa, es relevante comprender culturalmente cómo fue posible construir interpretaciones favorables al PNA en medio de este contexto cultural. En los siguientes apartados se da cuenta de este proceso y al final se valora qué luces da sobre los alcances del populismo agrario.

3. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Se partió de un enfoque cualitativo, centrado en el sentido e interpretación que tiene el mundo social para las personas, con un uso flexible y variado de técnicas de recolección de información. Para reconstruir la dinámica del paro se hizo uso de múltiples materiales empíricos con el fin de conformar un archivo sobre este evento. De este modo, se acudió a varias técnicas. Se hizo revisión de noticieros nacionales (Noticias Caracol, Noticias NTN2³ y Noticias Uno) y de prensa (El Tiempo, El Espectador, El Colombiano, Semana, Agencia Prensa Rural, Semanario

³ El caso de Noticias NTN se aborda como *proxy* de Noticias RCN. No hay disponibilidad de videos de este noticiero nacional en Internet, mas sí de su versión internacional que responde a una línea editorial similar.

Voz y Contexto Ganadero). También se hizo una revisión en redes sociales —publicaciones sobre el PNA en YouTube y Twitter— y en los sitios web de organizaciones participantes en las acciones. De igual forma, se realizaron entrevistas a líderes campesinos y miembros de grupos solidarios.

El criterio de selección de los noticieros fue su aporte de información sobre cómo llegó el evento a la mayoría de los públicos. En este sentido, se seleccionaron noticieros de alcance nacional, que representaran un amplio espectro ideológico y que tuvieran un alcance amplio. Para la recolección de notas de prensa que permitieron reconstruir el drama social, y para columnas de opinión y caricaturas que expresaron interpretaciones, se revisaron dos tipos de medios. Por una parte, medios públicamente identificados como representativos a nivel nacional o regional que, en su conjunto, cubrieran un amplio espectro ideológico y concentraran la mayoría de las audiencias. Por otra parte, para complementar la pluralidad de interpretaciones disponibles, se consultó prensa que ampliara interpretaciones no cubiertas por los medios anteriores y tuviera una línea editorial afín a algún actor rural o con interés en el campo.

4. EL PARO NACIONAL AGRARIO

Diversos procesos organizativos se han gestado desde mediados de los años noventa, alrededor de una variedad de demandas relativas a conflictos económicos, políticos y bélicos en el campo colombiano. Distribución de la tierra, apoyo a la producción campesina, políticas integrales de sustitución de cultivos de uso ilícito y reconocimiento político del campesinado han sido los objetivos compartidos. Para tramitar estas exigencias, los campesinos han acudido a protestas sociales —un 15 % del total de las luchas sociales del país entre 1988 y 2012 (CINEP, 2013)— y a repertorios institucionales de participación (Osorio, 2016).

A diferencia de estas acciones de escala subnacional, el PNA fue la primera movilización de alcance nacional que agrupó todo tipo de campesinas y campesinos. En lo que iba del siglo XXI, los paros nacionales como forma de acción colectiva se venían posicionando en el escenario público colombiano. En 2011 el movimiento estudiantil había logrado frenar la reforma a la ley de educación superior (Archila, 2012; Portela, 2014). Entre 2000 y 2010 se presentaron múltiples movilizaciones de víctimas, estudiantes, trabajadores, indígenas, afrodescendientes y asalariados agrícolas, en el curso de las cuales se habían ensayado y conformado repertorios, redes organizativas, discursividades y estrategias de defensa frente a la represión policial. Cada movilización recogía los aprendizajes de las experiencias previas y, cuando se inició el PNA, ya había una experiencia acumulada tanto en términos de movilización como de comunicación sobre sus protagonistas, sus demandas y el curso del conflicto.

En su convocatoria confluyeron tres organizaciones nacionales que representaban a los sectores del campesinado colombiano y que ya habían protagonizado algunas protestas durante 2013. Dignidad Agropecuaria Nacional (Dignidades) estuvo conformada por medianos productores que participan de una agricultura familiar consolidada, de la cual derivan sustento y generan excedentes, tienen acceso a mercados y se organizan colectivamente en torno a la producción de cultivos comerciales como el café, la papa, el arroz, la panela y la cebolla (Salcedo *et al.*, 2013). Se trató de una articulación de varias agrupaciones gremiales, entre las cuales se destacan Dignidad Cafetera y Dignidad Papera, que demandaban un cambio en el modelo de apertura económica y programas de contención frente a los impactos que este modelo tiene sobre sus productos. Esta organización había llevado a cabo paros sectoriales liderados por Dignidad Cafetera y Dignidad Papera. En particular, el Paro Nacional Cafetero a inicios de 2013 fue la movilización más importante en la historia de este sector (Cruz, 2013) y constituyó una referencia central en la convocatoria al PNA.

La Mesa de Interlocución y Acuerdo (MIA) y el Coordinador Nacional Agrario (CNA) también se habían manifestado. A mediados de 2013, la MIA lideró una serie de bloqueos en el Catatumbo, región limítrofe con Venezuela, en protesta por la erradicación forzada de cultivos de uso ilícitos y la exigencia de una política integral para su sustitución (Cruz, 2017b).

La MIA estaba integrada por pequeños campesinos en territorios de frontera que pueden ser colonos con pequeña propiedad, campesinos sin tierra y jornaleros agrícolas que, en su mayoría, practican una agricultura familiar de subsistencia, esto es, cuya producción es insuficiente para la reproducción de la unidad familiar y requiere de trabajo informal y asalariado para generar ingresos adicionales (Salcedo *et al.*, 2013). Sus miembros exigían formalización de la propiedad, acceso colectivo a la tierra (bajo la figura de Zonas de Reserva Campesina) y una serie de transformaciones que favorecieran al pequeño campesinado concebido como una clase social. Por su parte, el CNA agrupaba a pequeños productores que, si bien tienen acceso formal a tierra, practican una agricultura familiar en transición dado que tienen dificultades para acceder a mercados regionales e internacionales, y depende en mayor medida de apoyos públicos para lograr la reproducción de la unidad productiva (Salcedo *et al.*, 2013). Esta última organización demandaba el cumplimiento de acuerdos con el gobierno tras casi dos décadas de movilización y lideró la lucha por el reconocimiento del campesinado como sujeto de derechos y actor político.

Los acuerdos durante las distintas protestas no fueron del todo satisfactorios para el conjunto de las organizaciones campesinas. Crisis en el campo atribuida a los efectos del libre comercio, insatisfacción con la política de drogas y de formalización de la tierra, así como expectativas derivadas de apuestas reformistas del

gobierno fueron factores que incidieron en la decisión de convocar a un Paro Nacional. Las tres organizaciones presentaron distintos pliegos que convergían en las exigencias de que el gobierno cumpliera acuerdos firmados anteriormente y que renegociara los Tratados de Libre Comercio (TLC).

Estas exigencias fueron presentadas como aspiraciones enmarcadas en el orden democrático colombiano. La MIA sostuvo que a pesar de que «La Constitución Política de Colombia alega como derecho fundamental que, ante la ley, todos somos iguales [...] este enunciado no se cumple en la realidad» (Agencia Prensa Rural, 2013). El incumplimiento de acuerdos y la implementación de TLC fueron concebidos como dos caras de la misma moneda: un sistema político contaminado por presiones de actores económicos que impedía la realización del ideal democrático de la igualdad. En un debate en el Congreso de la República, Cesar Pachón, líder de Dignidad Payera y una de las caras más visibles del paro, cuestionó cómo «El mayor importador le aconseja a un Estado, a un gobierno, las decisiones sobre la papa, cuando [lo que] se debería tener en cuenta es al productor» (MILITANTE POLO, 2013).

La idea de agravio hacia el nosotros nacional fue central en la comunicación del descontento. Pachón afirmó cómo el «pueblo campesino y digno y trabajador, y las personas más honradas y más honestas de este país» (MILITANTE POLO, 2013) eran víctimas de una situación injusta provocada por la desigual competencia con «mercados extranjeros». Meses antes del paro, el senador de oposición Jorge Robledo explicaba que la negativa del gobierno a renegociar los TLC se debía a que «los gringos y cuatro superpoderosos de este país que están asociados de una u otra forma con los gringos dicen que no se pueden cambiar» (Jorge Robledo TV, 2013).

El paro fue convocado para el 19 de agosto, día en que iniciaron bloqueos de vías en gran parte del país. El gobierno hizo uso de la fuerza para restablecer el orden y los enfrentamientos entre manifestantes y policías antidisturbios fueron comunes, e incluso hubo lugares militarizados. El gobierno exigió el levantamiento de los bloqueos como condición para negociar, pero las y los líderes consideraban que aquellos eran el último recurso utilizado para llamar la atención sobre su situación, una decisión a la que se veían obligados. Pachón alegó que:

Dos veces les hemos creído [al Gobierno]. El primer paro lo hicimos el 16 de noviembre de 2011 y el segundo fue ahorita el 7 y 8 de mayo, cuando nos dijeron: «levanten los bloqueos y negociamos». Les hicimos caso y levantamos los bloqueos. Y qué nos han hecho: simplemente unas actas y debaten el tema. Pueden pasar años y no va a haber resultados (Noticias RCN, 2013).

Con el transcurso de las semanas, el gobierno —presionado por una opinión pública favorable al paro que se tradujo en manifestaciones urbanas de apoyo al campesinado— reconoció el carácter auténticamente civil de las protestas y negoció

con las diferentes organizaciones por separado a pesar de la insistencia de la MIA y el CNA en que se abriera una mesa conjunta. El 12 de septiembre terminó el paro oficialmente, aunque en varias regiones hubo protestas hasta octubre.

5. NARRATIVAS DE ORDEN PÚBLICO Y DE TRANSICIÓN HACIA LA PAZ

Si bien cuando las organizaciones convocaron a la movilización, hubo interpretaciones favorables en la opinión pública. También era frecuente que un manto de duda ondeara sobre las y los líderes campesinos. Un ejemplo lo ofrecen las palabras escritas por un importante columnista liberal, quien afirmó que las exigencias de la MIA parecían «dictadas por la más elemental sensatez» pero previamente señaló que esta organización «no ha sido señalada todavía (cuando esto escribo) como un torpedo terrorista manipulado por las FARC [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia]. Tal vez lo sea» (Caballero, 2013a). Desde un inicio, los convocantes al paro enfrentaron desde insinuaciones hasta acusaciones sobre la sinceridad de sus motivaciones. Se afirmó que la protesta no respondía a los intereses reales del campesinado sino a cálculos estratégicos de actores en la sombra.

Estas interpretaciones tuvieron relevancia en tanto la opinión pública constituyó una fuente de presión importante en la respuesta del gobierno frente al paro. En este apartado se expone el desafío cultural que enfrentó el PNA para lograr interpretaciones favorables ante la opinión pública, y se describe cómo el contexto de diálogos de paz entre el gobierno y las FARC se articuló discursivamente en favor de los manifestantes.

5.1. Desafío cultural: campesinado y guerrilla

El cuestionamiento sobre la autenticidad de las motivaciones de las organizaciones convocantes tiene como trasfondo una serie de representaciones colectivas originadas tras décadas de existencia de la izquierda armada en Colombia y que se traducen en la interpretación de que cualquier tipo de movilización social —y en especial campesina— es, en últimas, una acción dirigida desde las guerrillas que posiblemente encubra una acción de guerra o estratégica de fondo. No sería fácil para los manifestantes llevar la contraria a una idea sustentada en los antecedentes discursivos de sus propias reivindicaciones, su pertenencia organizativa al campo de izquierda y su presencia en zonas de conflicto armado.

Respecto a los antecedentes discursivos, la crítica al neoliberalismo y la exigencia de una reforma rural son elementos compartidos en el campo de la izquierda, sea armada o no. Organizaciones sociales, políticas y armadas han compartido que el libre mercado y la concentración de la tierra son impurezas que obstaculizan la justicia social. La lucha por la reforma agraria ha sido común a todas las guerrillas y

en el caso de las FARC se considera su causa fundacional (Pizarro, 1991). También se ha compartido la interpretación de que neoliberalismo y orden violento están imbricados, tal como lo expresaba el CNA en su convocatoria al paro al plantear que la violencia en el campo derivaba de una «política de muerte aplicada y sostenida por medio el terror militar, jurídico y económico [que] apunta al favorecimiento de las políticas del comercio internacional y su especulación financiera, llámese TLC, o los agronegocios» (Congreso de los Pueblos, 2013).

Compartir interpretaciones sobre la situación del campo con miembros de la izquierda armada no implica necesariamente que las organizaciones rurales justifiquen la lucha armada ni mucho menos que pertenezcan a organizaciones guerrilleras. No obstante, durante el despliegue de manifestaciones sociales es común que contradictores de los manifestantes intenten posicionar en la opinión pública la interpretación de que el ideario constituye efectivamente un signo de adscripción al campo insurgente que justifica el despliegue de acciones de fuerza para contener la movilización.

De ahí que la pertenencia misma de las organizaciones convocantes al campo de izquierda fuera usada por sus críticos para generar dudas sobre la credibilidad de sus intentos de marcar distancia frente a la guerrilla, a pesar de que estas organizaciones rechazaban explícitamente la violencia. Las Dignidades hacen parte de las organizaciones sociales afines al Movimiento Obrero Revolucionario Independiente (MOIR), de origen maoísta e históricamente crítico con la lucha armada. Por ello, Jorge Robledo, figura política de mayor reconocimiento no solo de este movimiento sino también del partido Polo Democrático Alternativo (coalición de movimientos políticos de izquierda), sería uno de los actores a quienes se aludiría constantemente de infiltrar, con fines electorales, el PNA. La acusación de infiltración de las FARC recaería principalmente en la MIA, perteneciente al movimiento político Marcha Patriótica que enfocaba su accionar en el apoyo a la solución negociada del conflicto con aquella guerrilla. Finalmente, el CNA es fundador del Congreso de los Pueblos, convergencia de organizaciones sociales a las que se ha imputado constantemente de afinidad ideológica con el Ejército de Liberación Nacional (ELN). La pertenencia discursiva y organizativa al campo de izquierda serían la fuente en la cual beberían las acusaciones sobre la inautenticidad de las y los líderes campesinos.

Finalmente, el campo en su conjunto ha sido el principal teatro de operaciones del conflicto armado. La MIA y el CNA hacen presencia en zonas altamente conflictivas en donde el Estado disputa la soberanía con organizaciones armadas de diferentes tipos. El control de territorios enteros por parte de tales organizaciones lleva a considerar que en efecto cualquier movimiento social que surja de allí no es más que la movilización de las bases de apoyo a la guerrilla o, al menos, que debe tener algún tipo de relación con actores armados.

5.2. Narrativa de desafío al orden público

Durante el paro, el gobierno colombiano tomó elementos de las representaciones de fondo que asocian protesta campesina e insurgencia y expresó una narrativa que alertaba sobre la peligrosidad de una protesta que podría tener como fin el desafío del orden público. En este apartado se describe esta narrativa que conectó las representaciones de fondo de la contrainsurgencia con el guion del orden público.

El gobierno sustentó sus reparos al paro en la distinción entre dos tipos de acciones: por un lado, protestas pacíficas que se planteaban en un marco democrático y convocaban al diálogo; y por el otro, acciones violentas o «vías de hecho» que atentaban contra el bien común y merecían judicialización y represión. El gobierno argumentaba que los bloqueos tenían un carácter antidemocrático por dos razones: generaban un desbalance entre el derecho a la protesta y los derechos de quienes no se manifestaban; y se caracterizaban por una violencia irracional. El Ministerio del Interior solicitó a las autoridades ejecutivas a nivel departamental y local tomar «las medidas preventivas y correctivas necesarias para el mantenimiento y restablecimiento del orden público» en los casos en que se obstaculizara «de manera temporal o permanente, selectiva o general, las vías o la infraestructura de transporte de tal manera que atente contra la vida humana, la salud pública, la seguridad alimentaria, el medio ambiente o el derecho al trabajo» (El Espectador, 2013a).

Afectación a la sociedad colombiana y violencia irracional fueron cobijadas bajo la idea de desafío al orden público por parte de actores engañosos. Se afirmó que no todos los participantes en el PNA compartían la misma intención de desestabilización. El presidente Juan Manuel Santos diferenció entre «verdaderos campesinos», quienes «en forma legítima» tendrían «reclamos válidos», e «infiltrados», quienes «no tienen como interés primordial el interés de los campesinos» (Presidencia de la República – Colombia, 2013a, 00:04:05-00:04:37). Así se opuso la racionalidad, autonomía, autocontrol y razonabilidad de los primeros a la irracionalidad, dependencia, histeria y apasionamiento de los segundos; y se sugirió que la infiltración provenía de actores que coincidían en su oposición al gobierno, como el Polo, Marcha Patriótica y el expresidente de derecha, Álvaro Uribe.

Los infiltrados eran considerados no solo engañosos, sino también violentos. Palomino, director de la Policía Nacional, hizo un llamado a que los campesinos no se dejaran «persuadir ni manipular por cantos de sirenas de aquellos que quieren convencerlos así sea de manera temporal de cambiar las herramientas de la labranza por perversos artefactos explosivos» (Noticias Caracol, 2013a). En respuesta a los bloqueos fue desplegado un intenso operativo en el que participaron tanto policías como militares (NTN24, 2013a).

Medios de comunicación de alcance nacional compartieron la narrativa de desafío al orden público. Noticieros distribuyeron numerosas notas referidas a

los impactos negativos de las protestas: desabastecimiento de alimentos, interrupciones en los servicios de salud, y trabajadores y viajeros —incluso migrantes— que no podían llegar a sus destinos. Los enfrentamientos entre manifestantes y fuerza pública también fueron objeto de amplia difusión. En el cubrimiento de las protestas fueron común las alusiones al «caos» y la «violencia» generados por los bloqueos. Se subrayó que la violencia también solía recaer sobre ciudadanos ajenos a los enfrentamientos, y que era contraria a la democracia.

La idea de infiltración como explicación del desafío al orden público contravirtió el carácter auténtico del paro no solo desde un discurso democrático, sino también desde una lógica de guerra. Los infiltrados podrían ser insurgentes. Un columnista expresó claramente este desplazamiento hacia la clasificación bélica: «La estrategia de los bloqueos habla por sí sola y se percibe que estos golpes puntuales de obstaculizar las vías es táctica heredada de la guerra de guerrillas en la que las FARC y el ELN son verdaderos expertos» (Prado, 2013). Declaraciones de apoyo al paro por parte de miembros de las FARC fueron vistas como pruebas en favor de esta interpretación, a las cuales se sumaron nuevas evidencias en las protestas: «Según las autoridades en algunas de las revueltas se encontraron panfletos con el logo terrorista de las FARC» (NTN24, 2013b). El paso de la discusión pública a la desconfianza fundada en una situación de guerra fue tomado en serio por actores armados contrainsurgentes que consideraron a las organizaciones agrarias como enemigas. Algunos líderes recibieron amenazas de grupos paramilitares que los tacharon de ser miembros de la guerrilla (NoticiasUnoColombia, 2013).

La lógica bélica, en su versión contrainsurgente, hacia la cual se desplazaba el discurso oficial, ha sustentado históricamente procesos de violencia colectiva —asesinatos selectivos, masacres, desapariciones, desplazamientos— contra sectores sociales considerados sospechosos y peligrosos (Franco, 2009). Esta violencia, desplegada principalmente por grupos paramilitares que han tenido lazos con sectores de la fuerza pública, ha coincidido con procesos de acumulación capitalista de los cuales se han beneficiado sectores latifundistas, grandes propietarios ganaderos e inversionistas agroindustriales (Grajales, 2021). Estos sectores, a su vez, han tenido lazos estrechos con los poderes políticos a nivel local y nacional (Reyes, 2016).

Esta lógica contrainsurgente fue compartida desde actores de derecha. El líder ganadero, José Félix Lafaurie tituló a su columna «Pescando en río revuelto» en referencia a actores oportunistas que estarían aprovechando el descontento social para perseguir sus intereses egoístas: «aprovecha[n] las expresiones legítimas de inconformidad para promover la cultura de las armas y la violencia, el bloqueo de vías y el irrespeto a la autoridad» (Lafaurie, 2013a). No obstante, la posición de la derecha no fue crítica con el PNA como un todo. Se planteó que, más allá de la infiltración, el paro era una expresión democrática y que la actuación del gobierno era lo

que debía ser objeto de escrutinio. La columnista Paloma Valencia ni siquiera criticó los bloqueos, «propiciados por el descontento social y la ausencia de diálogo ciudadano», sino al presidente, quien «optó por ignorar el problema» (Valencia, 2013).

La crítica al gobierno por parte de actores que compartían una visión contrainsurgente de la protesta social exhibió hasta qué punto el mensaje oficial sobre el paro no era convincente. Este daba una importancia exagerada a la infiltración para justificar su indiferencia frente a la situación del campesinado. Lo que había en juego parecía ser más que una amenaza al orden público, y el gobierno, representado como un actor antagónico, no era confiable.

5.3. Narrativa de transición hacia la paz

Convocantes al paro justificaron los bloqueos en su incredulidad sobre la voluntad del gobierno de solucionar el conflicto democráticamente. Las intenciones de diálogo anunciadas por Santos fueron consideradas como falsas con base en los antecedentes de las protestas campesinas previas, su negativa a instalar una mesa de diálogo nacional y principalmente el tratamiento de orden público dado al PNA y la acusación de infiltración. Para los manifestantes, si había una fuente de infiltración era la propia fuerza pública. En varias ocasiones retuvieron a miembros de la policía y el ejército que se hacían pasar por participantes de las protestas.

La circulación de videos de abuso policial a través de redes sociales contribuyó a difundir el mensaje de que la violencia provenía de la fuerza pública no de los manifestantes. Líderes de opinión de todo el espectro político criticaron el énfasis del gobierno en el guion de la infiltración y su propensión a la represión en un contexto de diálogos de paz con las FARC que invitaba a otro tipo de respuesta hacia la protesta ciudadana. De este modo, desde distintas posiciones se expresó solidaridad hacia el PNA.

Desde un discurso democrático, columnistas liberales plantearon dos tipos de consideraciones sobre el papel de la insurgencia en el paro. En primer lugar, hubo un llamado a calibrar adecuadamente el alcance de la infiltración armada. Un comentarista planteó que definir a «esos miles y miles de campesinos que marchan por las carreteras» como guerrilleros, «equivaldría a decir que las FARC son el campo colombiano: y eso no es verdad» (Ospina, 2013). Una columnista aseveró que las descripciones sobre la crisis del campo «no son fabricadas por la subversión ni por la izquierda» y que, aunque estas aprovecharan «la situación para incrementar el descontento y la protesta», era claro que era «el modelo de la economía agraria el que está en crisis» (Lara, 2020). Desde la derecha se compartió esta lectura. Se dijo que el gobierno era incapaz de separar «el grano de la paja» al preferir «subestimar el fermento real del malestar social y menospreciar la protesta pacífica» (Lafaurie, 2013b). También se tachó de «inaceptable» ver como «guerrilleros infiltrados» a

quienes participaban de «la justa protesta campesina», y un «grave error sobredimensionar la capacidad de las guerrillas» (Acevedo, 2013).

En segundo lugar, se sugirió un cambio de marco para interpretar la infiltración: esta revelaba que las FARC estarían acudiendo a repertorios no armados de lucha política y, con ello, anunciaba una transición hacia la paz y el fortalecimiento democrático. En la liberal revista *Semana*, un columnista cuestionó si con el acuerdo de paz «¿[...] no se trata precisamente de eso? ¿De que la confrontación deje de ser armada para volverse laboral y social?» (Caballero, 2013b).

Actores de derecha tuvieron una interpretación distinta sobre la relación entre protesta y proceso de paz que, paradójicamente, derivó en un apoyo al PNA. Las y los campesinos fueron considerados peones legítimos por contraste con quienes conformaban la guerrilla, bandidos frente a los cuales el gobierno estaba cediendo su autoridad. En referencia a los diálogos con las FARC, se afirmó que «el pueblo» era «golpeado por un Gobierno dispuesto a perdonar grandes crímenes, pero implacable con los bloqueos de campesinos desesperados» (Valencia, 2013). Al cuestionar la decisión del gobierno de continuar la negociación de paz sin exigir el cese de acciones armadas, el conservador Alejandro Ordoñez, Procurador General de la Nación, preguntó «Si a los que están en paro les dicen que para hablar deben cesar sus acciones, por qué a la guerrilla no» (El Tiempo, 2013a), mientras que el expresidente Álvaro Uribe, principal líder de la derecha colombiana, afirmó que Santos permitía al país «desintegrarse en la desesperanza» al concentrarse exclusivamente en negociar con la guerrilla (CABLENOTICIAS, 2013).

En conjunto, estas interpretaciones reprobaron la lógica contrainsurgente puesta en marcha por el gobierno. Además de no tener suficiente credibilidad, la narrativa de desafío al orden público fue considerada como expresión de un gobierno antidemocrático. La afirmación de que «los labriegos están siendo utilizados por la guerrilla» fue calificada como «cínica» (Molano, 2013). También se leyó como una contradicción con los intereses reformistas expresados por el presidente:

Es como si el presidente fuera el doctor Sí en el día, afirmando con entusiasmo sus convicciones, y por la noche descubriera que en realidad es el doctor No, y se revolcara en la necesidad de echar para atrás todas las cosas (Ospina, 2013).

El gobierno fue calificado de arbitrario, personalista y dócil frente al poder económico: «atiende con bastante eficacia a los grandes empresarios, pero [...] es sordo frente a las aspiraciones de campesinos y medianos propietarios» (Kalmanovitz, 2020); y se alertó sobre su autoritarismo: «Su comportamiento está crecientemente marcado por un autoritarismo verbal, por verdaderas bravuconadas con las que pretende mostrar mando, firmeza y control de las situaciones» (Bonilla, 2013).

Finalmente, columnistas de izquierda se concentraron en cuestionar la idea de interés electoral de la protesta. Desde una posición abstencionista, se enfatizó

lo absurdo de atribuir intereses electorales a quienes desdeñaban la democracia representativa. Un columnista del Semanario Voz, órgano del Partido Comunista Colombiano, afirmó que «Los sectores de la izquierda no actuamos con base en cálculos electorales, tenemos un plan de largo plazo, no utilizamos la movilización para montar candidaturas» (Córdoba, 2013), y rechazó que hubiera coincidencia con la derecha porque sus agendas eran «como agua y aceite». Desde una posición electoral, se ignoró la idea de infiltración y, por el contrario, se insistió en la unidad de izquierda como paso necesario para liderar a las masas hacia un programa político que tradujera el poder social expresado en el conjunto de protestas sucedidas a lo largo de 2013 (Caycedo, 2013; Semanario Voz, 2013).

6. COALICIÓN SIMBÓLICA EN TORNO A LO CAMPESINO

La articulación de un contexto transicional que invitaba a un tratamiento diferencial de la protesta campesina se nutrió de una coalición simbólica en torno a la identidad campesina expresada por habitantes urbanos mediante manifestaciones de apoyo al paro y un intenso proceso comunicativo a través de redes sociales digitales. El concepto de coalición simbólica ha sido propuesto por Matthew Norton (2017) para explicar *qué significa* para los votantes elegir a uno u otro candidato. Los candidatos logran apoyo de distintos sectores porque simbolizan referentes y narrativas comunes que conectan a estas audiencias. En el caso de una protesta, las audiencias no votan, pero sí apoyan, rechazan o son indiferentes. Durante el PNA, la coalición simbólica en torno a una idea compartida sobre la identidad campesina generó apoyo al carácter auténticamente democrático y civil del PNA y restó credibilidad a la clasificación bélica.

Esta coalición simbólica constituyó una dinámica creación de narrativas en torno a la idea de que el paro ilustraba cómo un campesinado, esencial para la fundación y el mantenimiento de la vida social de un nosotros colectivo, había sido objeto constante de victimizaciones por parte de gobernantes y todo tipo de actores violentos. En un espacio dedicado a temas gastronómicos, la chef Margarita Bernal publicó:

Soy nieta de campesinos [quienes] proveen a la humanidad de lo más sagrado: los alimentos, [pero] si olvidamos los orígenes de nuestros alimentos, descuidando a los campesinos, estamos condenados a ser un país sin tradiciones, sin identidad y sin futuro. El paro agrario es la radiografía del desamparo (Bernal, 2013).

Esta idea estaba sostenida en dos conjuntos de relatos. Unos acerca del campesinado como identidad primordial cuyas cualidades estaban inscritas en el nosotros nacional y familiar, y otros acerca de las acciones de victimizaciones pasadas y presentes frente a las cuales estaba expuesto este actor.

6.1. Identidad primordial

Una primera narrativa trató al campesinado como un actor con vínculos profundamente arraigados con el conjunto de la población, provenientes de su lugar como sujeto protagónico en la fundación y sostenimiento de la vida social. Su carácter primordial explicaría el que fuera considerado una fuente de identidad compartida: en las y los campesinos se reconoce a protagonistas en la formación de la nación, a actores esenciales para la reproducción y a los propios antepasados.

El protagonismo alcanzado por las protestas en Boyacá —en cuyo territorio se llevó a cabo un acontecimiento decisivo de la Campaña Libertadora de la Nueva Granada (Colombia), la Batalla del Puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819— fue un suceso referido por comentaristas en un diálogo intertextual que combinaba la gesta independentista con la protesta campesina. Un columnista sugirió que «La nación entera debería recordar que estos campesinos llevan, como los llaneros, la misma sangre de los soldados del ejército libertador» (Barajas, 2013). La alusión a la independencia llamaba la atención sobre el lugar de los campesinos en la fundación de la república y en los vínculos entre esta identidad y el ideal de libertad.

En contraste con el espíritu libertario de los campesinos, el gobierno era visto como fuente de represión. En una crónica la policía antimotines fue situada en el lugar del ejército realista de España:

194 años después el Puente de Boyacá y sus alrededores fueron escenario de una nueva batalla. Pero esta vez no fue entre criollos y extranjeros, sino entre los campesinos y la Policía, por causa de un paro agropecuario convocado por los agricultores (El Tiempo, 2013b).

Al campesinado también se le reconoció un gran protagonismo en la construcción del país. La representación de paisajes regionales que habrían jugado un papel destacado en el desarrollo nacional contribuyó a reforzar la narrativa de un campesinado primordial. El ambientalista Julio Carrizosa afirmó: «Nadie duda de la importancia cultural y ecológica de los socioecosistemas colombianos que producen la papa y el café. Boyacá y la zona cafetera han sido escenario de los más importantes procesos de conformación del país» (Carrizosa, 2013). Se consideró que estos paisajes estaban íntimamente asociados a la construcción de un orden civil y se comunicó que la amenaza al modo de vida campesino constituía una amenaza a la nación en su conjunto. Un periodista declaró: «Nuestro país es magnánimo con los conglomerados que explotan nuestros recursos y nos venden lo que no necesitamos en desarrollo de las ‘bondades’ del TLC» y concluyó, en referencia a la compra de implementos de represión a una empresa estadounidense, que «al final ellos se quedan con la plata y nosotros con las lágrimas» (Coronell, 2013).

Finalmente, el carácter primordial del campesinado no solo se elevó a una escala nacional y en relación con atributos civiles, sino que también se refirió a la esfera íntima de la familia. El campesinado fue considerado un ancestro que merecía respeto y trato justo. Músicos y actores reconocidos publicaron un video en el que definieron lo campesino como un antepasado común: «Mi padre es campesino, mi madre es campesina, mi abuelo es campesino. Tengo ojos de campesino, tengo manos de campesino, mi sangre es campesina, mi ciudad es campesina, mi tierra es campesina» (Solano, 2013a). La referencia al campesinado ancestral fue esgrimida como un llamado a la integración. El artista creador del blog «¿Se lo explico con plastilina?» recuerda que lo más significativo del paro fue «que hubiera una identidad muy grande, porque ahí no había una cosa ni de derecha ni de izquierda sino como que por fin se unía como la gente en torno a reconocer sus ancestros campesinos» (Álvarez, comunicación personal, 2 de julio de 2020).

6.2. Identidad víctima

La solidaridad urbana también reveló la extensión alcanzada por una narrativa de victimización del campesinado. Este actor fue considerado la víctima por excelencia de la desigualdad, la exclusión, la violencia y todo tipo de situaciones de injusticia propias de un orden degradado que se servía de instrumentos institucionales y violentos para contaminar todos los rincones de la vida social. Un columnista escribió:

Ponga usted, lector, un punto rojo en los lugares del mapa de Colombia que les han sido arrebatados a los campesinos con «la Violencia»⁴, las tretas legales o los «tratados de libre comercio» que se han dado tan bien en estos climas: tendrá pronto, como resultado, una mancha de sangre (Silva, 2013).

Otro afirmó: «El ‘progreso’ del país se ha asociado con la construcción de ciudades e infraestructura, dejando en el olvido a millones sometidos a la violencia y al abandono en las extensas zonas rurales» (Arango, 2013).

La victimización también tenía que ver con las esferas economía y política. El historiador Jorge Orlando Melo (2013) criticó la política económica del Estado: «creo que no tiene sentido que protejamos a terratenientes y empresarios rurales haciendo que la comida sea más cara, dizque para que den más empleo». La decadencia del modo de vida campesino, provocada por el neoliberalismo, fue trágicamente retratada en el documental 9.70 (2013b) de Victoria Solano que ocupó un lugar destacado en el debate público. Allí se denunciaba el decomiso y destrucción de 70 toneladas de arroz en Campoalegre (Huila) debido al incumplimiento de la resolución 970 del

⁴ «La Violencia» escrita con mayúsculas se refiere a un momento histórico ubicado a mediados del siglo XX caracterizado por la confrontación armada bipartidista entre Liberales y Conservadores.

Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) relativa a las semillas certificadas. Esta regulación se consideró un agravio a la producción campesina ancestral «en defensa de los intereses de empresas trasnacionales en el marco de Tratado de Libre Comercio entre Colombia y Estados Unidos» (Solano, 2013b).

En esta situación de victimización se justificaba una protesta considerada legítima. En su programa documental en televisión nacional, el periodista Pirry le preguntaba retóricamente a su audiencia si no le parecía natural la reacción del campesinado: «¿no estaría usted emberracado [enojado, indignado]? ¿no estaría usted desesperado? ¿no saldría usted a protestar? Pues los campesinos se mamaron [cansaron] y salieron a protestar» (Aurelio Suárez, 2013). Además, en referencia a la puesta en escena del paro, la policía antimotines encarnó de forma directa la violencia contra el campesinado. Inicialmente circuladas por redes sociales, imágenes de violencia policial escalaron a los noticieros nacionales. La columnista Catalina Ruíz-Navarro destacó cómo las víctimas hacían a un lado el miedo y se atrevían a enfrentar y denunciar la actuación policial: «Es un triunfo que, en vez de temerle al ESMAD [Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía Nacional], los manifestantes lo miren, desafiantes, con los ojos de las cámaras» (Ruiz-Navarro, 2013).

6.3. Manifestaciones de solidaridad

Las narrativas sobre la campesinidad se expresaron durante una importante oleada de movilizaciones en apoyo al paro en las principales ciudades. Estas manifestaciones surgieron en respuesta a una alocución en la cual el presidente afirmó que «El tal Paro Nacional Agrario no existe» (Presidencia de la República – Colombia, 2013b, 00:09:06-00:09:08). Aunque la actuación campesina había encontrado reconocimiento y apoyo, audiencias solidarias no se habían comprometido directamente en el desarrollo del conflicto. Las palabras de Santos tuvieron precisamente ese efecto: fueron respondidas por una oleada de indignación colectiva. El apoyo hacia el campesinado se puso en escena a través de cacerolazos. En esta forma de protesta los manifestantes salen a las calles o se asoman a las ventanas y golpean repetitivamente una cacerola —u otro tipo de implementos de cocina metálicos— con un cubierto, con el fin de comunicar descontento frente a una situación injusta, decisión política, el gobierno en su conjunto o el régimen político. En esta ocasión los cacerolazos fueron puestas en escena de indignación y solidaridad.

En la noche del 25 de agosto, pobladores de Tunja (Boyacá) salieron a las calles y se concentraron en la plaza principal a manifestar su apoyo a los campesinos. En Noticias Caracol un participante decía estar «apoyando a nuestros paisanos campesinos de todo el país, porque paro sí hay», mientras una ciudadana le pedía a Santos que fuera «justo», pusiera «la cara» y no cogiera «a mansalva a los campesinos» que se encontraban «reclamando sus derechos» (Noticias Caracol, 2013b). El reportero

Gonzalo Jiménez relató que en esta manifestación habían participado «centenares de niños, amas de casas, padres de familia, ancianos» y describió el carácter inusual de este acontecimiento: «Esta plaza no se había llenado desde una marcha del exgeneral Rojas Pinilla y cuando se celebran las fiestas de la Virgen del Milagro patrona de Colombia». Además, expuso los esfuerzos de los manifestantes para poner en escena un apoyo no violento a la protesta campesina: «Las personas salieron de los barrios, de diferentes casas, a pedirle a la gente que hicieran su acto no violento y demostraran llevar con orgullo y con respeto la ruana boyacense, la bandera de Boyacá y la bandera de Colombia» (Noticias Caracol, 2013b).

Al día siguiente los cacerolazos fueron replicados en otras ciudades. En Bogotá manifestantes se concentraron en la Plaza de Bolívar —centro político de la nación— y repitieron los cacerolazos durante varios días seguidos (El Espectador, 2013b). El 29 de agosto se programaron 14 marchas a lo largo de la capital (NTN24, 2013c). Estas manifestaciones comunicaban la indignación ante una ofensa al nosotros nacional. En imágenes registradas por NTN24 en Bogotá, se observa un cartel que decía «En paro somos delincuentes, en elecciones somos ciudadanos».

Junto a las manifestaciones en el espacio público, se posicionaron tendencias de apoyo a través de redes sociales digitales. En Twitter se compartieron *hashtags* que aludían al carácter auténticamente campesino de la protesta (*#LaRebelionde-lasRuanas*), expresaban solidaridad (*#YoTambiénMePongoLaRuana*), invitaban a movilizarse en apoyo al paro (*#CacerolazoNacional*), y afirmaban que la ofensa era compartida (*#LoQueEsConLosCampesinosEsConmigo*).

Después del paro, líderes campesinos estuvieron de acuerdo en que, independientemente de los acuerdos logrados, su mayor éxito fue haber alcanzado visibilidad y reconocimiento por parte de la opinión pública. El líder Robert Daza recuerda que la solidaridad fue recibida por los convocantes campesinos como un respaldo a su autenticidad y una motivación para continuar con el paro: «Esos cacerolazos fueron la conexión entre campesinado y gente de la ciudad, que estaban diciendo ‘bueno, estamos con ustedes, adelante, y nos solidarizamos’» (Daza, comunicación personal, 3 de julio de 2020). En el mismo sentido, Pachón expresó emocionado cómo el apoyo ciudadano fue sentido como una manifestación de «amor a su tierra, a su patria, a su gente», una expresión de unión entre el campesinado y el conjunto de la sociedad: «fue todo el país, fue todo tipo de gente, estudiada o no estudiada, hiciera lo que hiciera, de verdad que se manifestaron de una forma tan solidaria y tan bonita» (Solano, 2013c).

7. POPULISMO AGRARIO Y COALICIONES SIMBÓLICAS

Si bien el paro expresó una amplia variedad de demandas propias de la diferenciación del campesinado y la especificidad sociopolítica de las organizaciones convocantes,

en la esfera pública estas diferencias fueron cobijadas bajo una representación común, una coalición de símbolos que convergieron en torno a la oposición entre campesinado y gobierno.

La respuesta ciudadana expresó esta coalición simbólica que oponía la pureza del campesinado a la impureza del gobierno como una balanza para evaluar la legitimidad del paro. La situación campesina fue considerada injusta y su protesta legítima, mientras que el presidente (y por extensión el gobierno) fue visto como responsable de las afectaciones y los episodios de violencia. La solidaridad hacia el paro expresó la presencia y extensión de un discurso democrático. Campesinado y gobierno fueron vistos como encarnaciones de la oposición entre aspiraciones de inclusión en un marco democrático y políticas de exclusión bajo un modelo autoritario. Esta oposición se homologó a un conjunto de clasificaciones simbólicas que desembocaban en la construcción de un apoyo basado en sentimientos de solidaridad por parte de un nosotros ciudadano e indignación frente a un ellos autoritario, cristalizado en el gobierno (Ver Tabla 1).

Tabla 1. Clasificaciones simbólicas que sustentaron el apoyo al paro.

Pureza	Impureza
Campesinos	Gobierno
Justicia	Injusticia
Democracia	Autoritarismo
Autenticidad	Engaño
Protesta legítima	Represión
Humildad	Arrogancia
Respeto – Seriedad	Burla
Solidaridad	Indignación
Realismo	Irrealismo
Inclusión	Exclusión
Igualdad	Desigualdad
Pueblo	Élite
Paz	Guerra
Producción nacional	TLC
Colombianos – Ciudadanos	Gobernantes
Víctimas	Verdugos
Héroes	Cobardes
Ancestros	Extraños

Fuente: Elaboración propia, 2021.

Además de la codificación democrática de este apoyo, la oposición entre campesinado y gobierno tendió puentes con otras formas de configurar la legitimidad social. De esta manera, la idea del carácter humilde, heroico y ancestral del campesinado se enfrentó a la de arrogancia, cobardía y extrañeza de los actores del gobierno, lo que sustentó un apoyo organicista por parte de sectores conservadores. Al mismo tiempo, las oposiciones pueblo y élite, producción nacional y librecombio, igualdad y desigualdad, fueron formas de codificación desde sectores de izquierda. En este sentido, hubo una coalición entre muchas maneras de interpretar el orden social que coincidieron en su apoyo al campesinado y su lectura del paro como un evento no exclusivamente bélico.

La estrategia populista agraria —la coalición entre sectores del campo colombiano con demandas antineoliberales— logró éxitos gracias a que tuvo como correlato la coalición de símbolos en torno a una identidad del campesinado que, más allá de las diferenciaciones sociales existentes entre los sectores agrarios que protagonizaron el paro, dio legitimidad a la protesta. De este modo, las constantes alusiones, por parte del presidente Santos, otros actores del gobierno, miembros de la fuerza pública y algunos sectores de opinión, a una diferencia entre campesinos legítimos y no legítimos —que correspondía a una distinción entre la actuación de los medianos campesinos agrupados en las Dignidades y pequeños y pobres campesinos representados en la MIA y el CNA— fueron contrarrestadas por manifestaciones de apoyo al paro, argumentaciones sobre la centralidad de una solución a los conflictos agrarios como vía para la paz, y narrativas del campesinado como actor de un nosotros nacional y familiar. En este sentido, el populismo agrario logró constituirse en un horizonte de sentido para actores externos al movimiento a través de la interpretación del mismo en un lenguaje democrático.

CONCLUSIONES

En este artículo se incorporan las herramientas analíticas de la sociología cultural con el fin de valorar la dimensión cultural del Paro Nacional Agrario de 2013 en Colombia. A la luz de este caso es posible explorar la solidaridad social como un factor relevante en la discusión sobre el populismo agrario. Este es, además de una estrategia política, un marco cultural que puede ser compartido por sectores externos a los movimientos rurales y dar lugar a procesos de integración en torno a proyectos compartidos de futuro.

De este modo, el PNA constituyó tanto una coalición entre las «gentes de la tierra» (Borras Jr., 2021) bajo una construcción colectiva como «nosotros, campesinos» (Sankey, 2022), como un proceso de extensión cultural a través de la cual diversos sectores sociales expresaron su solidaridad hacia lo que interpretaron como

«nuestros campesinos». El modo en que se construyó el sentido de este apoyo se sustentó en la articulación de una narrativa transicional que alertaba sobre los riesgos de codificar en términos bélicos a un actor social, el campesinado, terriblemente golpeado por el conflicto armado. Además, este actor constituyó un símbolo en torno al cual convergieron sectores sociales que clasificaban la legitimidad social en esquemas diferentes y no compartían las mismas orientaciones políticas.

Este proceso de coalición simbólica que sustentó el apoyo al campesinado reveló simultáneamente que el anticapitalismo no constituyó el marco a través del cual se construyó la solidaridad social. Esta emergió de la conjunción entre agravios al nosotros nacional, al nosotros familiar y al ideal de paz que se ha construido en simultáneo con el conflicto armado. Más que anticapitalismo, el elemento que promovió la indignación frente al gobierno fue la idea de injusticia en un doble sentido: como trato desigual a un pueblo del que se hace parte y como represión sobre actores democráticos que pertenecen —o merecen pertenecer— a la comunidad política.

En este sentido, el populismo agrario puede encontrar mayor eco —al menos en la sociedad colombiana— en tanto genere narrativas y *performances* persuasivos que enfatizan la necesidad de sociedades con mayores niveles de justicia, igualdad y democracia. A la solidaridad transnacional como fuente de presión externa sobre los Estados (Malseed, 2008) pueden sumarse expresiones nacionales de solidaridad como las que se vieron durante el PNA y que surgen de estas aspiraciones a la justicia, la igualdad y la democracia. En el caso colombiano en particular, posterior a la firma de los acuerdos de paz con las FARC en 2016, se ha generado un nuevo contexto rural, un capitalismo agrario de posguerra (Grajales, 2021), en el marco del cual surgen nuevas conflictividades agrarias que pueden verse favorecidas por nuevos procesos de solidaridad social sustentados en este tipo de aspiraciones.

REFERENCIAS

- Acevedo, D. (2013, agosto 25). Blandura en La Habana y dureza con el paro agrario. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/dario-acevedo-carmonal/blandura-en-la-habana-y-dureza-con-el-paro-agrario-column-442433/>
- Agencia Prensa Rural. (2013, octubre 1). Pliego de peticiones del paro nacional agrario y popular. *Agencia Prensa Rural*. <https://prensarural.org/spip/spip.php?article11620>
- Alexander, J. C. (2017). *Poder y performance*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Alexander, J. C. (2018). *La esfera civil*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Alexander, J. C., & Smith, P. (1993). The Discourse of American Civil Society: A New Proposal for Cultural Studies. *Theory and Society*, 22(2), 151-207.
- Arango, R. (2013, agosto 28). Ruanas, cacerolas y democracia. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/rodolfo-arango/ruanas-cacerolas-y-democracia-column-443144/>

- Archila, M. (2012). El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica. *Revista del Observatorio Social de América Latina*, 31, 71-103.
- Arias, M., & Preciado, M. (2016). Paro Nacional Agrario: Paradojas de la acción política para el cambio social. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 54, 107-123.
- Aurelio Suárez. (2013, septiembre 15). «La Rebelión de las Ruanas» Especiales Pirry. *Canal RCN* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=n1Lm_eh_nA4
- Barajas, E. (2013, agosto 26). La cruz de Boyacá. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/eduardo-barajas-sandoval/la-cruz-de-boyaca-column-442636/>
- Bernal, M. (2013, agosto 31). Patear la lonchera. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13038105>
- Bernstein, H. (2020). Unpacking 'authoritarian populism' and rural politics: Some comments on ERPI. *The Journal of Peasant Studies*, 47(7), 1526-1542. <https://doi.org/10.1080/03066150.2020.1786063>
- Bonilla, M. (2013, agosto 25). Las bravuconadas presidenciales. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/maria-elvira-bonilla/las-bravuconadas-presidenciales-column-442403/>
- Borras Jr., S. M. (2021). Movimientos sociales agrarios. La absurdamente difícil, pero no imposible, agenda para derrotar al populismo de derecha y explorar un futuro socialista. *Cuestión Agraria*, 5.
- Caballero, A. (2013a, agosto 17). Simplemente neoliberales. *Semana*. <https://www.semana.com/opinion/articulo/simplemente-neoliberales/354361-3/>
- Caballero, A. (2013b, agosto 10). Los conflictos de la paz. *Semana*. <https://www.semana.com/opinion/articulo/los-conflictos-paz/353617-3/>
- CABLENOTICIAS. (2013, agosto 28). *Uribe habla sobre el paro nacional agrario y sus consecuencias* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=q4-xJ5X95PM>
- Campos, F. (2015). El paro nacional agrario de 2013 y la política agropecuaria 2006-2014. *Derecho y Realidad*, 13(26). <https://doi.org/10.19053/16923936.v13.n26.2015.7843>
- Cárdenas, J. (2014). ¿El tal paro agrario nacional no existe? Análisis del cubrimiento mediático y las rutinas de comunicación política en las movilizaciones campesinas en Colombia. *Temas de comunicación*, 28, 55-77.
- Carrizosa, J. (2013, agosto 25). La sostenibilidad de la papa y el café. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/julio-carrizosa-umana/la-sostenibilidad-de-la-papa-y-del-cafe-column-442401/>
- Caycedo, J. (2013, agosto 21). Unidad, mandato de la base popular. *Semanario Voz*. <https://semanariovoz.com/unidad-mandato-de-la-base-popular/>
- Centro de Investigación y Educación Popular – CINEP. (2013). *Luchas sociales, derechos humanos y representación política del campesinado 1988-2012*. CINEP/PPP.
- CINEP. (2014). *Luchas sociales en Colombia 2013*. CINEP/PPP.
- Congreso de los Pueblos. (2013, agosto 2). *El CNA Convoca al Paro Nacional Agrario del 19 de Agosto – Congreso de los Pueblos*. congresodelospueblos.org. <https://congresodelospueblos.org/el-cna-convoca-al-paro-nacional-agrario-del-19-de-agosto/>

- Córdoba, A. (2013, agosto 21). Notas al sol: Agua y aceite. *Semanario Voz*. <https://semanariovoz.com/notas-al-sol-agua-y-aceite/>
- Coronell, D. (2013, agosto 31). Para llorar. *Semana*. <https://www.semana.com/opinion/articulo/para-llorar/355805-3/>
- Cruz, E. (2013). «Todos somos hijos del café»: Sociología política del Paro Nacional Cafetero. *Entramado*, 9(2), 138-158.
- Cruz, E. (2017a). La rebelión de las ruanas: El paro nacional agrario en Colombia. *Análisis*, 49(90). <https://doi.org/10.15332/s0120-8454.2017.0090.04>
- Cruz, E. (2017b). La protesta campesina en el Catatumbo Colombia (2013): Un análisis sociopolítico. *Mundo Agrario*, 18(39).
- Cruz, E. (2019). La recomposición del movimiento campesino en Colombia (2013-2016). *Revista Vía Iuris*, 26, 103-124. <https://doi.org/10.37511/viaiuris.n26a6>
- El Espectador. (2013a, agosto 16). Gobierno advierte que pagarán con cárcel quienes bloqueen vías. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/politica/gobierno-advierte-que-pagaran-con-carcel-quienes-bloqueen-vias-article-440449/>
- El Espectador. (2013b, agosto 26). Paro agrario: «cacerolazo» también retumbó en Bogotá. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia/cartagena/paro-agrario-cacerolazo-tambien-retumbo-en-bogota-article-442659/>
- El Tiempo. (2013a, agosto 23). Gobierno analizará situación en La Habana; proceso no se ha roto. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13011090>
- El Tiempo. (2013b, agosto 31). Crónica de los enfrentamientos entre campesinos y la Policía. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13006978>
- Franco, V. L. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Universidad de La Sabana.
- Gamson, W. (1992). *Talking Politics*. Cambridge University Press.
- Gómez, D. (2016). *La contraposición de dos modelos de desarrollo: Conflicto de Derechos entre Movimiento Agrario y gobierno durante los paros 2013 y 2014 en Colombia* [Tesis de maestría en Derechos Humanos y Democracia]. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México.
- Grajales, J. (2021). Losing land in times of peace: Post-war agrarian capitalism in Colombia and Côte d'Ivoire. *The Journal of Peasant Studies*, 48(5), 1054-1074. <https://doi.org/10.1080/03066150.2019.1691535>
- Henderson, T. P. (2017). State-peasant movement relations and the politics of food sovereignty in Mexico and Ecuador. *The Journal of Peasant Studies*, 44(1), 33-55. <https://doi.org/10.1080/03066150.2016.1236024>
- Jorge Robledo TV. (2013, abril 2). *Enseñanzas del paro cafetero* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=xisbCp9O07M>
- Kalmanovitz, S. (2020, abril 16). El paro agrario. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/salomon-kalmanovitz/el-paro-agrario-column-442407/>
- Lafaurie, J. (2013a). Pescando en río revuelto. *CONtexto Ganadero*. <https://www.contextoganadero.com/columna/pescando-en-rio-revuelto>
- Lafaurie, J. (2013b). ¿Pudo haber sido peor! *CONtexto Ganadero*. <https://www.contextoganadero.com/columna/pudo-haber-sido-peor>

- Lara, P. (2020, abril 16). ¡Aquí sí está pasando algo, presidente! *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/patricia-lara-saliva/aqui-si-esta-pasando-algo-presidente-column-441905/>
- Malseed, K. (2008). Where There Is No Movement: Local Resistance and the Potential for Solidarity. En S. M. Borras Jr., M. Edelman & C. Kay (Eds.), *Transnational Agrarian Movements Confronting Globalization* (pp. 323-348). John Wiley & Sons, Ltd. <https://doi.org/10.1002/9781444307191.ch12>
- Melo, J. O. (2013, agosto 28). ICA: Semillas de ira. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13026064>
- Militante Polo. (2013, agosto 25). *No importen más comida ¡de por Dios!* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=6FOciTWOdiQ>
- Molano, A. (2013, agosto 24). La joda va para largo. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/alfredo-molano-bravo/la-joda-va-para-largo-column-442191/>
- Norton, M. (2017). When voters are voting, what are they doing? Symbolic selection and the 2016 U.S. presidential election. *American Journal of Cultural Sociology*, 5(3), 426-442. <https://doi.org/10.1057/s41290-017-0040-z>
- Noticias Caracol. (2013a, agosto 17). *Gobierno hace advertencia a quienes fomenten disturbios en paro agrario—17 de agosto de 2013* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=-c8SaXgOKDY>
- Noticias Caracol. (2013b, agosto 26). *Emisión 6:30 a.m. - Parte 1—26 de agosto de 2013*. [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=Y15qhFCRgCA>
- Noticias RCN. (2013, agosto 23). Con bloqueos Gobierno no negociará: Estupían. *Noticiasrcn.com*. <https://www.noticiasrcn.com/nacional-pais/bloqueos-gobierno-no-negociara-estupinan>
- NoticiasUnoColombia. (2013, agosto 18). *Paramilitares amenazan a los líderes del paro nacional agropecuario* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=rjOs9ykQTWU>
- NTN24. (2013a, agosto 19). *Director (E) de Seguridad Ciudadana de la Policía de Colombia entrega reporte sobre el paro agrario* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=Hc0MKu3FlxQ>
- NTN24. (2013b, agosto 19). *Primer día del paro nacional agrario en Colombia deja al menos 22 personas detenidas* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=WgYhEBxNK5U>
- NTN24. (2013c, agosto 29). *Al menos 14 movilizaciones se registran en Bogotá debido al paro agrario nacional* [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=9bCpAG-FzJg>
- Ordóñez, F. (2014). La cuestión agraria hoy en Colombia: Diálogos de paz, movilización campesina y profundización del modelo corporativo. *Huellas*, 18.
- Osorio, F. E. (2016). Campos en movimiento. Algunas reflexiones sobre acciones colectivas de pobladores rurales en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1).

- Ospina, W. (2013, agosto 24). Doctor Sí, doctor No. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/william-ospina/doctor-si-doctor-no-column-442203/>
- Penilla, W. (2016). *Interacción entre La Mesa de Unidad Agraria Nacional y los representantes del Gobierno Nacional en el Paro Agrario del año 2013 en Colombia* [Tesis de maestría en Derechos Humanos y Democracia]. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales sede México.
- Pizarro, E. (1991). *Las FARC (1949-1966): De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. UN, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Portela, J. C. (2014). *Protesta estudiantil en la Universidad de Antioquia: Condiciones y dinámicas de la contienda política 2005-2012* [Tesis de de maestría en Ciencia Política]. Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/6555>
- Prado, M. (2013, agosto 22). De las pláticas a los billones. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/mario-fernando-prado/de-las-platicas-a-los-billones-column-441904/>
- Presidencia de la República – Colombia. (2013^a, agosto 24). *Diálogos con las FARC, paros campesinos y disparos contra la Embajada de Colombia en Costa Rica* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=HuuX5iGm9Qc>.
- Presidencia de la República – Colombia. (2013^b, agosto 25). *Presidente Juan Manuel Santos en la XXXV Caminata por la Solidaridad - 25 de agosto de 2013* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=HWlj_pj9lPU.
- Reyes, A. (2016). *Guerreros y campesinos: Despojo y restitución de tierras en Colombia. Nueva edición revisada y ampliada*. Ariel Colombia.
- Ruiz-Navarro, C. (2013, agosto 28). Pájaros y escopetas. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/catalina-ruiz-navarro/pajaros-y-escopetas-column-443136/>
- Salcedo, L., Pinzón, R., & Duarte, C. (2013). *El Paro Nacional Agrario: Un análisis de los actores agrarios y los procesos organizativos del campesinado colombiano*. Pontificia Universidad Javeriana/Instituto de Estudios Interculturales. <https://es.slideshare.net/delDespojoCrnicas/el-paro-nacionalagrariounanalisisdelosactoresagrariosylosprocesosorganizativosdelcampesinadocolombianocentrodeestudiosinterculturales>
- Sankey, K. (2022). We, campesinos: The potentials and pitfalls of agrarian populism in Colombia's agrarian strike. *Journal of Agrarian Change*, 23(1), 131-148. <https://doi.org/10.1111/joac.12516>
- Semanario Voz. (2013, agosto 14). La unidad de las izquierdas. *Semanario Voz*. <https://semanariovoz.com/la-unidad-de-las-izquierdas/>
- Silva, R. (2013, agosto 29). Paro. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-13032182>
- Solano, V. [Soy Victoria Sol]. (2013a, septiembre 27). *Artistas apoyando a los campesinos colombianos—#TodosSomosCampesinos* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=SCdq9xAoC0A>
- Solano, V. [Soy Victoria Sol]. (2013b, agosto 5). *Documental 9.70 de Victoria Solano (Versión Youtube)* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=kZWAqS-El_g

- Solano, V. [Soy Victoria Sol]. (2013c, septiembre 25). «*El Paro sí sirvió*» por Victoria Solano [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Qht1HM1Hp5k>
- Stack, T. (2018). Citizenship and the Established Civil Sphere in Provincial Mexico. En C. Tognato & J. C. Alexander (Eds.), *The Civil Sphere in Latin America* (pp. 206-228). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108685245.010>
- Suárez, A. (2018). El tal Paro Nacional Agrario que no existió: Marcos de indignación para el cambio de la sociedad en red. En I. Llerena & J. Gonzáles-Güeto (Comps.), *Community. Prácticas socioculturales y narrativas transmedia* (pp. 225-262). Editorial Universitaria de la Costa.
- Tarrow, S. (1997). Los poderes del movimiento. En *El Poder en Movimiento* (pp. 145-229). Alianza.
- Tognato, C. (2018). The Civil Life of the University: Enacting Dissent and Resistance on a Colombian Campus. En C. Tognato & J. C. Alexander (Eds.), *The Civil Sphere in Latin America* (pp. 149-176). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781108685245.008>
- Tsing, A. L. (2016). Alegoría agraria y futuros globales. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(1), 289-346.
- Valencia, P. (2013, agosto 23). Santos ante el paro de la Nación y pausa de las FARC. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/paloma-valencia-laserna/santos-ante-el-paro-de-la-nacion-y-pausa-de-las-farc-column-442153/>